
La lógica del discurso político o Una conversación sobre la sociabilidad humana

por Emilio Pauselli

“La inteligencia halla siempre las razones gratas a la voluntad”
Alejandro Korn

La Argentina ha sido, en los últimos meses, un escenario cambiante donde deseos, alternativas y frustraciones se han sucedido con una velocidad que no es frecuente observar. Cuando una parte de la sociedad solicitaba que se vayan todos los gobernantes, aunque sin una idea clara o al menos unificada del futuro, en verdad en poco menos de un año y medio volvieron todos; y la misma sociedad se vio ante la situación de tener que enajenar su voluntad en beneficio de algunos grupos -ya que proyectos sería una denominación muy ambiciosa para la pobreza de ideas exhibidas por las distintos competidores electorales-, a fin de evitar la presencia de otros grupos identificados como peores aun.

Claro que esta descripción corresponde en gran medida a un escenario electoral. Cuando termine la función, y se atenúe su hechizo, otros tipos de dinámicas se instalarán más cerca de la superficie. Desde el ejercicio del poder real por parte del capital concentrado, hasta la continuidad de la reflexión y la práctica de muchos grupos de ciudadanos que creen en la necesidad de modificar profundamente la cultura de ciudadanía

instalada en el país en la últimas décadas. Entre ambos, la corporación política tratando de ser funcional, a uno siempre, a otro, en la medida que sea posible

Pero esas construcciones alternativas enfrentan muchas veces, además de las incomprendiones de la propia sociedad y del ataque abierto llevado a cabo desde la corporación política, la ausencia de una lógica de discurso que les sea propia. Como que sólo está disponible una manera canónica de discurso político, que se utiliza para desarrollar los argumentos más disímiles.

Eso tan conocido de “la política”: lobby, intereses de clase, lucha de argumentos, conciencias falsas y verdaderas, masas engañadas o esclarecidas, personas concientizadas o indefensas. Y su tecnificación: medios de comunicación masiva, encuestas, creación de candidatos. Navegando entre dos corrientes, la de la racionalidad y la de la sugestión, el discurso político trata de demostrar para convencer, y de seducir para no tener que demostrar.

Lógica y perversión

Toda lógica implica algún grado de perversión. Pretender que unas operaciones mentales dan cuenta aproximada de otros sucesos que ocurren en el ámbito de la vida, es ya una expresión por lo menos dudosa de buen juicio. Como ya indicaba el lamentablemente poco leído Alejandro Korn, “la realidad es así: fragmentaria, inconexa y contradictoria; sólo el concepto es rotundo y

absoluto, sin otro defecto que carecer de existencia fuera de la mente humana"¹.

Pero aun aceptando esa situación, puede hacerse un uso honesto de esos recursos, tan costosamente desarrollados por la especie. Es así que existe una lógica del discurso político, y una perversión de ese mismo discurso.

Entendemos por perversión un uso doloso de la lógica del discurso político. Por ejemplo, en la historia reciente ha sido entrevistado un presidente electo de la Argentina. El periodista le hace notar que en su acción de gobierno está haciendo cosas totalmente ajenas a las que dijo que iba a realizar mientras estaba en campaña electoral. El mencionado presidente, con una presencia de ánimo digna de mejor causa, respondió que si hubiera dicho lo que realmente iba a hacer, nadie lo hubiera votado.

En general, caen dentro de la perversión del discurso político todas aquellas expresiones donde el emisor es consciente de que no está diciendo la verdad, o donde está utilizando alguna parte de la verdad para obtener fines distintos a los que declara.

Sobre esta última alternativa, la de la perversión del discurso político, no trataremos en estas líneas; ya que ello nos lleva a terrenos como el de la ética y la moral, aspectos que aunque decisivos y relevantes, quedan fuera de nuestros limitados objetivos en esta oportunidad.

¹ Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Solar, Buenos Aires, 1983. Pág. 101

Lo verdadero, lo correcto, y lo conveniente

Queremos distinguir, entre otros, tres usos distintos que las personas damos al lenguaje cuando nos comunicamos. Esta distinción será un tanto esquemática, y desconoce los muy buenos argumentos que existen para demostrar que en cierta manera estos usos se superponen.

Pero a los efectos de crear un ámbito donde inscribir propiamente al discurso político, distinguiremos por un lado aquellos debates donde tratamos de establecer la verdad o la falsedad de lo que afirmamos. En este grupo caen todas las discusiones de orden científico, y en general las emisiones que tratan de afirmar que algo ocurre de determinada manera.

Un segundo grupo de diálogos humanos están destinados a establecer si algo es correcto o incorrecto. Caen en este campo todas aquellas discusiones referidas a la ética y a la moral, y en general las emisiones que tratan de poner en correspondencia nuestras conductas con determinados contextos normativos.

Finalmente, distinguiremos un grupo de argumentaciones que utilizamos para indicar que algo es conveniente o inconveniente en orden a sus resultados. Y anticipamos que el discurso político va a quedar, por lo común, inscripto en este tipo de diálogos.

Mientras que en la determinación de lo verdadero o lo falso la carga de la prueba reside en el pasado, en el

caso de lo correcto o lo incorrecto reside en el presente, y en el de lo conveniente o inconveniente en el futuro. ¿Por qué esto es así?

La verdad o falsedad de algo la referimos habitualmente a cómo “realmente” suceden las cosas. Claro que muchas veces realizamos “experimentos” tratando de demostrar esas verdades. Pero en todo caso, lo que nos interesa es que dicho evento demuestre que antes ya sucedía como nosotros decíamos. Si la demostración no se refiriera al pasado, no podría haber predicción, y por lo tanto tampoco experimento.

Lo correcto o incorrecto no se refiere tanto a lo que ha pasado o a lo que va a ocurrir, sino principalmente a qué cosas consideramos buenas o valiosas en el presente. Ese carácter consuetudinario parece estar incluido en todas las estructuras normativas, tanto las derivadas de las costumbres como del derecho. Y si bien la ley, en tanto positiva está escrita en un pasado, su vigencia se sostiene mientras se la considera valiosa para el presente. En caso contrario, las sociedades tienen los mecanismos necesarios para modificarlas, por las buenas o por las malas.

La simplificación de estos dos contextos de discurso no contempla fenómenos harto interesantes -por lo demás, estudiados- como la relación entre lo verdadero y lo bueno, ni la relación de los contextos normativos con la tradición o con las expectativas futuras. Dicha simplificación sólo apunta a concentrar la atención sobre una particularidad especial del discurso político.

En efecto, el discurso político hace referencia permanente a lo que es mejor para la sociedad, lo que traerá mayor bienestar a los habitantes de determinado ámbito, y tanto lo verdadero como lo correcto quedan supeditados a este interés de orden más general, al menos desde Maquiavelo para acá.

Pero el problema que presenta la discusión de lo conveniente y lo inconveniente así entendido, es que la demostración se encuentra en el futuro. Y el futuro social, como es historia, no es posible de modificar. Esto quiere decir que cuando la postulación de que determinadas acciones tendrán determinados resultados en el futuro no se cumple, ya no es posible corregir la situación, no se puede transitar nuevamente la historia.

Lo realmente curioso es que, en política, se debata en términos de verdad o falsedad, o en términos de corrección o incorrección, cuando propiamente nos estamos refiriendo al ámbito de lo conveniente o lo inconveniente. Estamos diciendo que realizar tales o cuales acciones producirán determinada situación futura, por lo tanto no hay demostración ni en el pasado ni en el presente.

Claro que el pasado siempre es fuente de inspiración. Tanto nos puede sugerir determinadas relaciones entre sucesos presentes y futuros, (sugerencia que debemos tomar como tal, ya que ningún presente es igual a ningún pasado); y además de sugerir, nos puede sugestionar hasta convencernos de que esas acciones determinarán tales resultados. Es un caso conocido de profecías autorrealizadas.

También el presente está determinando el cuadro de situación desde dónde realizar las acciones que se reputan como convenientes para alcanzar determinados objetivos en el futuro. Con esto queremos decir que, aun cuando la comprobación de aquello que creemos conveniente está en el futuro, actuamos en el presente y tenemos en cuenta el pasado.

La reserva la establecemos cuando se pretende que determinadas acciones propuestas tendrán determinados resultados porque algo del pasado así lo demuestra, o porque lo creemos correcto en el presente. Mientras que en el ejercicio hegemónico del poder esta confusión sólo representa -estudiada o espontánea- técnicas de seducción de electorados, en el campo de las construcciones de poder alternativas estas confusiones generan diásporas que llegan hasta el infinito.

Así, se discute de la “verdad” o el “error” de determinado enfoque, o sobre la “corrección” o la “incorrección” de determinada acción política. Se emplean argumentos como si fuera demostrable tal situación desde lo acontecido en el pasado, o desde las creencias del presente. La historia deja así de ser una fuente de aprendizaje para transformarse en un dogma, la ética deja de ser una reflexión racional para transformarse en un código de conveniencia.

Muchas veces, de lo que se discute son de intuiciones. Alguien intuye que hacer eso es lo mejor, mientras otro intuye que hacer otra cosa será más conveniente. Puestas estas alternativas en un contexto de discusión que pretende demostrar la verdad o la corrección de

alguna de ellas, derivará seguramente en esas situaciones de las que con razón se dice: “hablando, la gente no se entiende”.

Claro que el hecho de que la demostración de lo conveniente o inconveniente esté en el futuro, no implica que no tengamos ningún criterio para seleccionar acciones. Lo importante es saber cuáles son esos criterios. No siendo ya los de la verdad ni los de la bondad, deberemos internarnos en un diálogo más inteligente, y sobre todo más humilde, alrededor de las causas que nos llevan a preferir tales o cuales acciones, y la relevancia de esas causas.

Lo común del discurso político

Es notable como discursos políticos situados aparentemente en las antípodas presentan la misma estructura de sentido. Esta consiste en describir una situación no deseada, y luego enumerar una o algunas cosas, en general sencillas de entender y de realizar -si nadie se opusiera-, para presentar a continuación la situación deseable que resultaría como consecuencia de esas acciones.

A esas acciones, así enunciadas, las llamaremos la “promesa política”. Lo impresionante no sería que se prometa y no se cumpla, sino más bien que se cumpla y que funcione. No importa mucho cual sea la promesa, si la libertad para la circulación de capitales o el control obrero de la producción, ambos acontecimientos

producirán el mismo efecto: el mundo será más justo y nosotros más felices.

Así, problemas complejos que arrastra la humanidad desde hace siglos, en verdad dependen de una o dos causas, y justamente el prometededor de turno sabe justamente qué hacer para neutralizarlas y cambiar así el curso de la historia. No existe posibilidad de error, él habla de lo que cree conveniente como de lo verdadero, y como escuchó en alguna parte que lo único realmente bueno es una buena voluntad, y justamente él la posee, se hace evidente que no seguir su consejo -elegirlo para el cargo de que se trate- es una soberana tontería.

Claro que una vez en el cargo, quizás nada salga como lo había predicho. En fin, lo que vale son las intenciones, siempre hay un contexto internacional, y unos opositores internos, y la propia sociedad no tuvo el protagonismo necesario; en fin, el abnegado político, como además es magnánimo, nos perdonará el que no le pidamos disculpas por los sinsabores que le hemos dado... y se presentará a la reelección. Y si no tuvo la suerte de ser elegido su tarea de prometededor se simplifica aun más. Todo anda mal justamente porque nunca se lo eligió a él o a su grupo.

La sociedad reacciona de manera diversa ante esta estructura de discurso. Una parte tiene pocas esperanzas de que su voluntad vaya a ser respetada por el sistema de poder existente, y aun así lo prefiere a variantes autoritarias que harían aun más riesgosa la vida en común. Otros interpretan que la ciudadanía debe ampliar su ejercicio a otros ámbitos sociales, y esa

práctica acumulada históricamente va a forjar la experiencia social necesaria para que los sistemas electivos no se transformen en una trampa para los ciudadanos.

Pero una gran parte de la sociedad parece tener necesidad de la promesa política, y parece justificable. No es alentador pensar en que enfrentamos una crisis en la socialización humana, que hay poca idea de cómo salir de la misma, y que en verdad quienes se ofrecen a "salvarnos" no sólo tienen sus propios intereses -la mayor parte de las veces distintos a los nuestros-, sino que a su vez están poco enterados, o no lo demuestran, de la índole de la crisis.

Es mucho más alentador creer que hay algunas soluciones más o menos alcanzables, sin especiales sacrificios, y que eso nos deparará un futuro mejor para nosotros y nuestros descendientes.

No parece tener mucho futuro un discurso político que hable del retraso relativo de la Argentina, de que revertir ese retraso con ser dificultoso no se logrará en un período menor al de dos o tres generaciones, que por lo tanto hay que imaginar un país para nuestros nietos, siempre que trabajemos duro, y que las discrepancias internas no nos carcoman y el contexto internacional no empeore aun más. Habría que hacer la prueba.

Se establece así como un pacto perverso, entre la promesa imposible, y la necesidad de ser engañado. Lo notable es que esa misma estructura de discurso sea la que se utiliza, por lo general, en los intentos de construcciones políticas alternativas. Aun disimuladas,

porque muchos grupos alternativos se resisten aun a ser Partidos; o porque sin pensar profundamente en el tema entienden que el sistema representativo está en si mismo condenado, parecería que hay una única manera disponible de hacer política, o lo que es lo mismo, de hacer discurso político.

Es el problema de hablar de cosas nuevas, con un lenguaje viejo. Porque lo que aun no existe, ¿cómo podría tener nombre? Y si no hay una lógica alternativa a la imperante en el discurso político, ¿cómo enfrentar exitosamente a la corporación política? Porque la lógica, en lo que no tiene de perverso, es una construcción social.

Quizás el ocaso de una cultura resulta más doloroso de lo que todos imaginamos. Mientras la *sociedad del egoísmo*² sea la principal representación de todos nosotros, es probable que un deseo escindido nos impida construir prácticamente un modelo de socialización donde el bien individual no esté irremediamente enfrentado al bien común.

² No desarrollaremos en este artículo la noción de *sociedad del egoísmo*. Está vinculada a la noción moderna de progreso, y a la falta de noción de límite construida por la ciencia y la tecnología.

El problema de las ideologías³

La hegemonía de un cuerpo de ideas liberales que se instaló durante los noventa, postuló, entre otras cosas, el fin de las ideologías. No fue el único *rictus* finalista, estos también se dispensaron a la historia y al trabajo. En general se presentaron como una reedición positiva -con un siglo de retraso- de la ideología de la “libertad económica”, de la historia como teleología, y del trabajo como misterio que, maravillosamente, aun oculta la generación de la riqueza.

A pesar de lo defectuoso de ese discurso, no parece posible ignorar las referencias contextuales del mismo. Como decía mi abuelo, la mejor mentira es la que tiene una parte de verdad. Y vaya si ese discurso tiene referencias contextuales.

Esto es evidente en la cuestión del trabajo. La desocupación, acontecimiento mucho más complejo antropológicamente que el desempleo, se ha instalado como un fenómeno mundial⁴. Algo más compleja es la referencia a la historia, sólo diremos que luego de varios siglos no aparecen hoy modelos de construcción social alternativos en términos positivos. La desarticulación de un mundo bipolar ha quitado base a los paradigmas no

³ Vamos a entender por ideología un conjunto de creencias explícitas que nos proporcionan una visión coherente del mundo, que tiene suficiente fuerza explicativa para dar cuenta de los fenómenos principales por lo menos de la vida social, en orden a sus causas y a la legalidad de su desarrollo. La calidad de explicativa se refiere no a su verdad, sino a su poder de convicción.

⁴ Ver *Sobre premios y castigos. Su relación con la experiencia del trabajo*. Pauselli, 2002. En www.organizacionpoleas.net, Sección Documentos.

capitalistas, y nuevas orientaciones humanas aún se definen sólo negativamente -antiglobalización, antiimperialismo, anticapitalismo-.

En el terreno de las ideologías hay probablemente distintos factores que las revalúan como generadoras de acciones en el presente. Por un lado, creemos que hubo una contigüidad entre las formaciones ideológicas y los grandes relatos que conformaron la cultura que denominamos “de occidente”. Si eso fuera así, es razonable que su peso relativo se haya visto influido por los procesos denominados de desacralización del mundo. Por otra parte, el aumento del conocimiento sobre la naturaleza y la sociedad nos presenta un mundo mucho más complejo de lo que creíamos, menos susceptible de ser interpretado a través de estructuras categoriales simples.

Parecen operar así sobre el papel de las ideologías dos clases de fenómenos: el discurso general en el que se inscriben ha perdido eficacia social, y la percepción de un mundo más complejo les quitan fuerza explicativa.

Claro que toda operación mental sobre el mundo implica, en un sentido laxo, cierta cuota de ideología; pero esta puede ser fragmentaria, y no tener pretensiones explicativas totalizadoras. Y evitaremos decir que “todo es ideología”, no porque no sea correcto, sino porque se inscribe en el tipo de verdad que nos informa de que todo es física, o de que todo es química, o de que todo es historia, de que todo discurso es un discurso; en fin, pertenece al tipo de verdad que dice que cada cosa se

define como la definimos, y eso no nos agrega información relevante para nuestro tema.

Eso parece explicar el fracaso que se sigue a los llamados procesos de debates ideológicos. “Nos debemos un debate ideológico”, “es necesario tener acuerdos en el nivel ideológico”, “cada cual debe explicitar la propia ideología”, son afirmaciones corrientes en muchos ámbitos de construcción alternativa. Siendo todos ellos propósitos loables, significan muchas veces la manera de eludir las referencias al mundo, y lo que es más costoso aun, a la legitimación de los propios deseos.

Mi impresión, acentuada en estos últimos meses donde he estado en contacto con un número importante de personas que cifran sus esperanzas en un cambio de las maneras de hacer política, es, para decirlo exageradamente, que hay tantas ideologías como personas. Y aquellos grupos cuyos miembros declaran tener la misma ideología, creo que pagan un elevado costo en orden a su capacidad crítica, y a sus posibilidades de vínculo con el entorno.

Quizás inscribir el desarrollo del discurso político en un ámbito constituido por creencias e intuiciones, donde no se pretenda la verdad de las afirmaciones ni la bondad de las decisiones, facilite el entendimiento entre personas y grupos que postulan -y resulta creíble- tener intereses comunes.

La sociedad de las personas comunes, o la lógica de la comunidad

Hubo un solo soldado que corrió de Marathon hasta Atenas, y lo pudo hacer porque amaba mucho. En cada olimpiada un solo corredor gana la maratón, y uno sólo alcanza la medalla de oro en cada especialidad. Esos son los excepcionales. ¿Y el resto?

¿En qué lugar de la historia están los 6400 cadáveres que quedaron de la batalla? ¿Cuáles eran griegos? ¿y cuáles persas? Si se nos pudieran presentar hoy, ¿qué nos dirían? ¿quién nos diría?: “Yo soy el soldado que corrió desde Marathon hasta Atenas”; “Yo soy el general Milcíades que dirigió a los Griegos”, “Yo soy el general Astarjerjes que dirigió a los Persas”, “Yo soy uno de los que estuvo allí, pero nadie lo sabe”, “Yo soy uno de los 6400”. ¿Quién le gustaría ser a usted? ¿qué probabilidades hubiera tenido de serlo?

La promesa moderna es la primer promesa incumplida. La idea de que el hombre, a través del uso de su razón iba a alcanzar el dominio de la naturaleza y de la sociedad, y aun la propia felicidad. Podemos preguntarnos con Touraine: “¿en qué medida la libertad, la felicidad personal o la satisfacción de las necesidades son racionales?”⁵.

Parece que los seres humanos debemos tomar muchos riesgos para vivir. Sólo parcialmente logramos cumplir con nuestros deseos, y a veces de casualidad. Nuestras

necesidades son cambiantes, y su resolución insatisfactoria. Mientras uno llega primero, el excepcional en sí o el favorecido por la fortuna o ambas cosas, el resto formamos la sociedad de los comunes.

Y todos, aún los excepcionales, estamos condicionados. Seres débiles, expuestos a la muerte prematura, que la otra llega siempre; con una idea parcial del pasado y otra confusa del presente; sólo nos queda el refugio del futuro. Más no sea que por aquello de “que lo que nos va aconteciendo deja intacto, en cada momento, lo que nos puede acontecer. Quiere eso decir que lo que nos puede acontecer se va regenerando constantemente”⁶.

Quizás eso estaba sintiendo Ingenieros cuando nos decía que “los ideales, por ser visiones anticipadas de lo venidero, influyen en la conducta y son el instrumento natural de todo progreso humano”⁷. Claro que él estaba en claro sobre que los ideales no eran verdades, sino creencias.

Esta dimensión del discurso político no tiene necesidad de ser verdadera, ni de ser correcta. Claro que lo que creemos correcto permitirá postular la aceptación de la comunidad, y lo que creemos verdadero hará disponible la acumulación de experiencia social tal como la entendemos. Pero el valor intrínseco girará siempre en torno a la visión de futuro que proyectan, en tanto esta exprese genuinamente nuestras preferencias.

⁵ Touraine, Alain, *Crítica de la modernidad*, FCE, Buenos Aires, 1994. Pág. 9.

⁶ Saramago, José. *Todos los nombres*, Alfaguara, Buenos Aires, 1999. Pag. 54

⁷ Ingenieros, José, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, 1917

Un discurso político que debata sobre preferencias sería un inmenso progreso. Claro que para eso hace falta producir un inmenso cambio, desde la actual simpleza del discurso político hacia un discurso político complejo, que reemplace la “promesa política” por la autoeducación⁸ de la sociedad.

Porque, en verdad, parece de una gran pobreza intelectual transformar la discusión política en una discusión de medios. ¿Medios para alcanzar qué? La discusión que puede empezar a abordar la crisis de socialización presente parece que sólo puede ser una discusión de fines. La existencia de fines comunes a las mayorías sociales es un espejismo. Lo que ocupa su lugar parece estar conformado por contenidos seleccionados del pasado -todo pasado fue mejor-, justamente aquellos que hacen expectable la realización de los deseos presentes. Estos deseos presentan aspectos contradictorios, y el discurso político no se plantea un análisis crítico para saber si esos deseos diversos son realizables en la misma sociedad, en qué condiciones lo serían, y qué rasgos podemos suponer en una sociedad así generada.

Probablemente las ideologías, en su apogeo, reemplazaban en parte esa discusión sobre los fines. Pero en verdad, no dejaban de ser elaboraciones de las elites sociales o intelectuales.

Una socialización que se base en la opción responsable por preferencias explicitadas por parte de las mayorías sociales, parece demandar otro ejercicio del discurso político, y una práctica de ciudadanía mucho más extensa que la regular concurrencia electoral.

Septiembre de 2002.

⁸ “Mientras la instrucción se limita a extender las nociones que la experiencia actual considera más exactas, la educación consiste en sugerir los ideales que se presumen propicios a la perfección”. Ingenieros, José, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, 1917.